

Viaje al Sur marroquí

La antigua pista Alnif - Zagora

■ Carlos Mondéjar Otero

Aprovechamos las vacaciones en otoño del '91 para hacer una incursión motorista en el sur de Marruecos, y elegimos una ruta que supusimos poco transitada entonces y que investigamos sobre el mapa (siempre Michelin) con la emoción propia de aventureros dispuestos a descubrir nuevos y apasionantes horizontes. Conseguimos una Yamaha Super-Ténéré 750, que se acomodaba mejor a las distancias a recorrer que mi XT-600-E del momento, y que sin duda llevaría con más alegría la importante cantidad de equipamiento previsto, en un tiempo en el cual, a falta de teléfonos móviles, gepeeses y demás maravillas de la técnica actual, el tener un percance en esos territorios podía acarrear problemas serios.

Dos cubiertas de repuesto (delantera y trasera), herramientas varias, eslabones de la cadena, bujías, inflador, grasa... todo un lote de accesorios que no tuvimos apenas que usar, pero que contribuyó con su estar al logro del objetivo buscado en lo que a conducción se refería: tranquilidad de saber la máquina razonablemente asegurada. Además, la ropa y complementos, poco dispuesta como estaba Mari Carmen, Melul, la copiloto, a presentarse en tan recónditos parajes sin los aditamentos formales de su condición. Naturalmente que no puede desvelarse aquí el contenido de las dos gruesas alforjas que mi socia insistió en transportar en los laterales allá donde fuéramos, y más lejos llegásemos, pues ello constituiría una elemental falta de discreción y de respeto ya no sólo para con ella, sino para con el conjunto de mujeres todas, que de seguro harían piña contra mí si en este delicado asunto me fuese yo de la lengua. Con todo, el exceso de equipaje, aparte de cargar la suspensión delantera mucho más de lo deseable (la regulación de presión en las horquillas ha sido un gran invento, que no gozamos entonces), fue uno de los principales elementos que influyeron en la posterior deci-



Niño en Ait Saadan

sión que tomamos en Rissani.

La ruta en principio elegida hacía Melilla-Guercif-Outat el Hadj-Midelt-Er Rachidia-Rissani-Alnif. A partir de allí, pretendíamos llegar hasta Zagora por descampado desértico (hamada) o pistas (si las había) que no fuesen las seguidas por los rallyes al uso, que pasaban siempre por Tazzarine.

La moto, aun cargada como iba, volaba literalmente por la desastrosa y casi recta carretera de más de 250km. que separa Guercif de Midelt, en la que se encontraba a medio camino uno de los pocos lugares medianamente habitados, el pueblo de Outat Oulad el Hadj, donde empecé a lloviznar.

Primer contratiempo: a pocos kilómetros de Midelt, ya de noche, una fuerte tromba de agua, añadida a la ya caída durante el día anterior, había provocado un corrimiento de tierras en un vado, formando una laguna que cortaba la carretera, inundada además en otro punto por un ancho curso de agua de más de medio metro de altura que sólo se atrevían a cruzar los camiones más grandes, encontrándose el resto de viajeros detenido a ambos lados del imprevisto torrente en espera de la bajada del nivel, que no se vislumbraba cercana. Mientras dudábamos si

arriesgar el chapuzón o aplicar la virtud de la paciencia, un hombre que al parecer se percató de nuestros temerarios pensamientos se nos acercó para informarnos de que nuestra situación acababa de ser solucionada: la moto iba a ser cargada en un camión de su propiedad (con portón trasero abatible hasta el suelo) y un chófer por él enviado desde Midelt vendría a recogerlos junto al camión, ya del otro lado del río, para llevarnos hasta su casa, donde quedábamos invitados a cenar y dormir, en espera de que al día siguiente el tiempo amaneciera más reposado. Como fuera que no paraba de llover y que el aspecto del señor y su clara soltura en el trato con los demás viajeros (todos marroquíes) no ofrecía motivo alguno de inquietud sino todo lo contrario, con sorpresa, pero reconocidos, aceptamos la invitación, y todo se realizó según lo previsto: la moto subió al camión, se acomodó entre un sinnúmero de fardos de paja, pasamos con nuestro anfitrión al otro lado, él se fue y allí esperamos con el conductor una media hora, transcurrida la cual un hombre se presentó conduciendo un 4L, y nos instaló en el coche haciendo luego una señal al conductor del camión para seguimos hasta Midelt; llega-

dos allí, la moto fue bajada y puesta a cubierto en el garaje, y nosotros invitados a entrar en la casa, momento en el que recibimos excusas del propietario por el aspecto un tanto desordenado de la habitación donde fuimos acomodados, ya que su mujer se hallaba ausente y él acababa también de llegar de viaje, según dijo. No obstante, encargó una cena en alguna parte, porque al rato llegaron hasta la mesa unas sopas y un guiso de pollo con patatas, además de fruta y refrescos. Se identificó durante la cena como perteneciente a la Administración y director de la Oficina Nacional de Electricidad de la ciudad, y, una vez terminamos, nos aclaró que no había necesidad alguna de madrugar al día siguiente, volviendo a señalarnos la situación de la cocina y del baño, y despidiéndose de nosotros para retirarse a descansar, no sin antes reiterar la puesta a nuestra disposición de la casa entera. Por la mañana todos nos levantamos tarde, pero estaba la mesa preparada con el desayuno. Tras hacernos fotos respectivamente, nos faltaron palabras para agradecerle sus servicios y hospitalidad y continuamos luego viaje en dirección Errachidia: no hubo interés económico, ni de otro tipo tanto o menos

delicado: no fue la primera vez, ni tampoco sería la última, en que comprobamos personalmente la verdad de la proverbial hospitalidad de los árabes.

Había algunos nubarrones oscuros pero no amenazaba lluvia, compañera de siempre dudosa conveniencia para el motorista. Al irse uno acercando a Errachidia, suele ser frecuente el espectáculo de advertir cómo, ante la proximidad del desierto, las últimas nubes presentes en el cielo van desapareciendo, como si una barrera invisible las forzara a disolverse ante la cercanía de las inmensas y soleadas explanadas. Una emoción particular se siente entonces, y los caballos de la Yamaha no debieron de ser ajenos a ella, acelerando el galope. No nos detuvimos en la ciudad, o la moto no quiso pararse, y llegamos hasta Rissani, donde decidimos comer en un tenderete cercano al zoco, donde, durante el imprescindible té de después, y a la vista de un gran número de taxis-Land Rover aparcados junto a las antiguas murallas, fraguamos el plan de futuro del viaje, y entramos en contacto con el conductor de uno de ellos para informarnos de precios y condiciones.

Ante el ya inminente final del asfalto, y considerando el peso y volumen del equipaje transportado, así como la comodidad de la copiloto y el mejor disfrute de la conducción por tierra, nos planteamos la posibilidad de alquilar uno de aquellos Land Rover para colocar en él todos los bultos y continuar así el trayecto hasta Zagora. También pensamos en la ventaja de disponer de un vehículo con enorme baca si se daba la mala suerte de tener un accidente o avería no solucionables sobre la marcha. El conductor contactado, con túnica azul y turbante típico de la zona, parecía de trato agradable, y los dineros solicitados no nos parecieron excesivos, a razón de 300 dirhams (5.000 pesetas entonces) por día, sin límite de kilometraje y con la carga de gasoil por su cuenta (llevaba bidones de repuesto sobre la baca). Contratamos por tres días, previa aclaración del trayecto pretendido

Feliz Navidad y próspero año nuevo



TIEN 21

Especialistas en
electrodomésticos

c/ PRIM, 17 MELILLA

Tlf.: 952 68 47 97

Europa

CENTRAL

del MUEBLE, s.a.



c/ LUIS DE SOTOMAYOR, 3 MELILLA

Tlfs.: 952 68 31 13 - 952 68 21 71

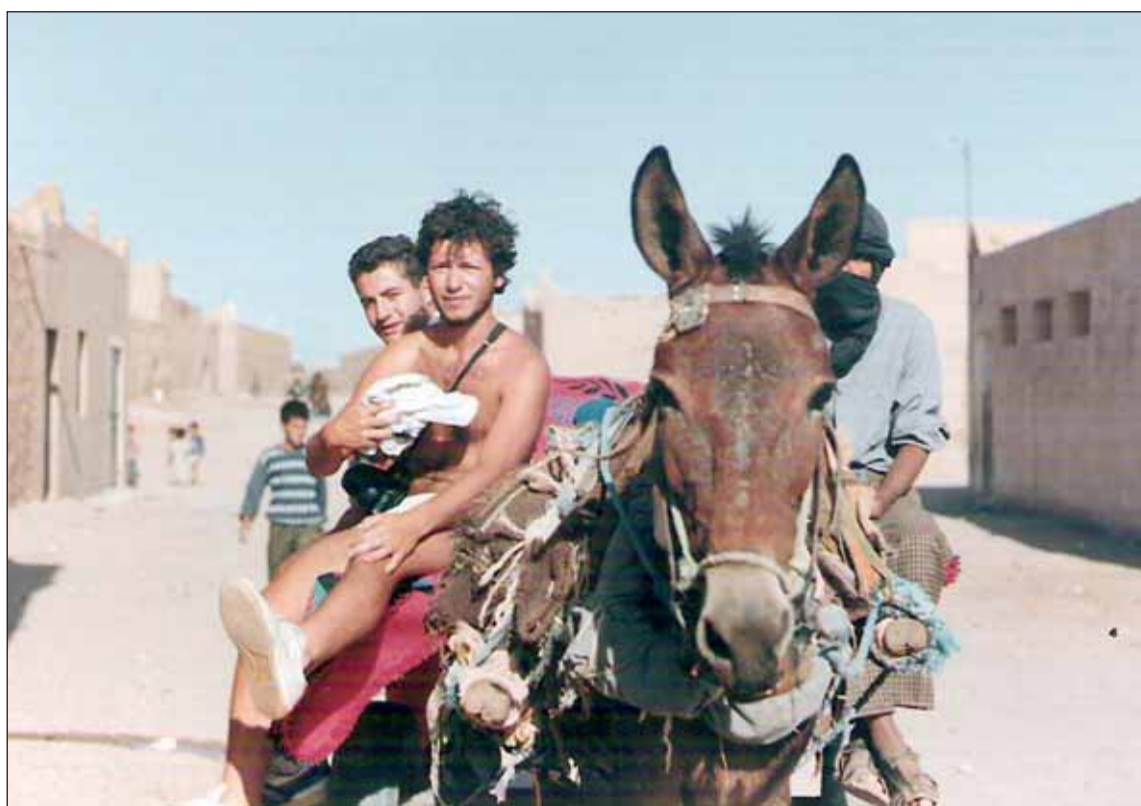
Fax: 952 68 48 18

DESDE SIEMPRE CREANDO HOGAR

—fuera de las pistas habituales para que no hubiese después malentendidos y, tras el traslado de la carga desde la moto al coche, salimos todos, todavía por carretera, con dirección Alnif; allí dormimos, y al día siguiente, mientras estudiábamos el plano en un cafetín, un chico del pueblo, atento como casi todos al vicio de escuchar conversaciones ajenas, se acercó para ofrecer sus servicios como guía, asegurando conocer las pistas que queríamos transitar e insistiendo en la existencia de una en particular que, pasando por Ait Saadane y por Achich, bordeaba una laguna donde se asentaban los flamencos rosas y conducía finalmente hasta las afueras de Zagora. Como quiera que el conductor del Land Rover (en adelante, el conductor: lamento no recordar su nombre), tras una charla-nterrogatorio en árabe, concluyó en la inocencia del presunto, arreglamos el salario en 600 dirhams de entonces (unas 10.000 pesetas) por los tres días a gastos pagados y le incluimos en el convoy, que salió de Alnif con dirección Ouarzazate, para desviarse del asfalto a unos 20 km. a mano izquierda, tomando el comienzo de a pista de nuestros sueños, que todos confiábamos no lo fuera asimismo de los del improvisado guía.

Pero, en este punto, no hubo queja: hubo en cambio paisajes indescriptibles, pequeños oasis con sus palmeras, la laguna estaba allí, a la salida de Ait Saadane (donde nos perdimos un rato al dejar de ver las señales de antiguas roderas), con sus flamencos como esperándonos, y, en el pequeño poblado de Achich, todo de adobe como surgiendo de la misma tierra, un riachuelo que no llegaba a medio metro de anchura alimentaba un mínimo huerto de maíz ya crecido, cuyo intenso color verde resaltaba sobre el dominante cretáceo del cual todo participaba, en un fabuloso contraste que tantos años después sigue bien fijado en el recuerdo. Hay cosas de las que no hay que lamentar no tener fotografías; en el fondo, casi alegría sólo reducción a la memoria: éso fuerza a rescatarlas de allí a menudo, para salvarlas de una amentable pérdida que acarrearía otra mucho mayor que la de una simple imagen.

Entre Oum Drane y Tizi-n-Drâa, y cerca de Timganine, había una zona con grandes formaciones rocosas espaciadas por entre la planicie, donde comenzaban a aparecer amplias extensiones de dunas de arena no demasiado elevadas que la Super-Ténéré se negó a evitar a toda costa. Mari Carmen, que alternaba la 750 con el Land Rover, e incluso la baca del mismo, donde se instalaba a ratos para mejor disfrutar de lo impresionante del paisaje, fue testigo de los primeros contactos con las arenas, y asegura que se me veía la cara de felicidad a distancia; cosa nada de extrañar, sabido como es que la moto no puede sino transmitir su contento al piloto que la disfruta. (Una felicitación aquí a las horquillas de la Yamaha, que aguantaron sin merma de facultades todo lo que se les vino encima). Ya bien



Asturianos por las calles de Zagora

caída la tarde, montamos campamento y cenamos y dormimos al aire libre, bien abrigados con los sacos y cubiertos por la negra bóveda estrellada, que en esas latitudes, debido a la sequedad ambiente, se contempla íntegra hasta la línea del horizonte. (No se ha olvidado la puesta de sol, pero éso son palabras mayores). El día siguiente, más de lo mismo; pero cada metro, diferente: dunas doradas, como dibujadas, se alternaron con seca tierra requiebrajada, y ni un solo resto de materia artificial —no ya basura— fue visto en cientos de kilómetros. Hay señalada, en el plano a mano alzada que hicimos sobre la marcha, una montaña en las cercanías del paso de Tizi-n-Drâa. No recuerdo el porqué de la indicación, ni tampoco la montaña; quizá sea una señal para que volváramos a encontrarla.

Llegada la segunda noche, y faltando ya poco recorrido hasta Zagora, decidimos no detenernos y dormir ya en la ciudad, a la llegada. El Land Rover fue delante y le dejamos cierta ventaja para experimentar la sensación de conducir solos de noche, y sensación tuvimos, y algo de susto cuando se cruzó de improviso, en un angosto paso en curva, un grupo de dromedarios probablemente espantado por el ruido del motor, momento en el cual de nuevo la Super-Ténéré supo estar a la altura de las circunstancias. No puedo por menos de reconocer igualmente lo acertado en la elección de cámaras y neumáticos, como siempre siguiendo las recomendaciones del taller de Pinori, donde no dieron puntada sin hilo en lo que al ajuste de los componentes se refiere, incluidos pares de apriete y tensión correcta de la cadena.

Finalmente llegamos a las afueras de Zagora, donde el coche nos esperaba, y nos alojamos en un hotel del cual no recuerdo el nombre, pero sí la ducha y el reparador sueño que allí todos obtuvimos, ante la sorpresa del conductor —por no mentar la del guía— al ser invitado para tomar una habitación, ya que, según nos aseguró, ninguno de los clientes que hasta

entonces había tenido (la mayor parte franceses) le había hecho nunca ofrecimiento semejante. Preguntándole nosotros dónde había dormido entonces, respondió con naturalidad que en el Land Rover (un 109 largo, con dos filas de asientos paralelas), y que ya tenía costumbre; la cual le hicimos cambiar por esa noche en la que, como no podía ser menos, durmió en una habitación al lado de la nuestra, al igual que el guía, tras cenar todos juntos en el hotel lo que el personal pudo apañarnos, dado lo ya avanzado de la hora.

El tercer día de vehículo contratado hubiese correspondido al de regreso del Land Rover de nuevo a Rissani, según se había acordado a la partida. Pero tan sorprendido estaba y tan contento el conductor con el trato recibido, que convenció al guía y, ambos de acuerdo, nos ofrecieron dos días más de servicios fuera de tarifa para acompañarnos en cualquier recorrido que se nos antojara por la zona; haciéndonos ver que, ya llegados hasta allí, no debíamos desaprovechar la ocasión de conocer las gargantas del Drâa e incluso Mhamid, último pueblo hacia el sur antes de la frontera argelina, y donde también había, según nos dijeron, muchas dunas. Habiéndole cogido ya el gusto a la conducción con la moto descargada, aceptamos el ofrecimiento, y así, nos acercamos hasta Agdz junto con un grupo de ciclistas asturianos a los cuales invitamos a subir las bicicletas en la baca y acompañarnos hasta las gargantas, que ellos ya habían hecho el recorrido inverso desde Ouarzazate pedaleando, y ahora era algo la cuesta arriba. En las Gorges dedicamos el resto del día a recorrer andando las orillas del río, con poca agua entonces, y dormimos en uno de los dos pequeños hoteles que había en la orilla misma del cauce, adosados por detrás a los enormes farallones de roca que lo encajonan. Elegimos el que tenía el suplemento de una estupenda jaima de grandes dimensiones donde se encontraban repartidos grandes tarbas con mesas bajas, adornada con típicas

lámparas de latón con cristales de colores. Allí cenamos, y dormimos más tarde en los sacos sobre los tarbas, lo cual resultaba mucho más seductor que las habitaciones, además de más barato (10 dirhams por persona), y a la mañana siguiente salimos de nuevo para Zagora y sin detenernos llegamos hasta Mhamid, donde a la entrada sufrimos un percance por causa de los niños, los cuales, al advertir la moto y no contentos con la aparición de un nuevo juguete sólo para ver, la emprendieron a pedradas con cantos que llegaban de todas direcciones, y que hubo que evitar con la reserva de potencia disponible, por fortuna siempre bastante. En la parte opuesta del pueblo encontramos un viejo albergue de adobe y suelo de tierra, cuyo amable propietario, excusándose por aquello de lo que no tenía culpa, nos tranquilizó un poco y preparó un tagine de cordero, ofreciéndonos después una sala con piso muy compactado donde podríamos quedarnos a dormir más tarde. Al conductor le pareció bien, y decidió quedarse por esa noche para salir hacia Rissani de madrugada con el guía. Por la tarde salimos Mari Carmen y yo en la moto para acercarnos hasta las dunas del sur del poblado, y por ellas gastamos unos litros de gasolina, hasta que unos súbitos pitidos y amenazadoras señales de soldados uniformados nos hicieron caer en la cuenta de

que estábamos a punto de rebasar la inexistente línea fronteriza con Argelia, que solamente los lagartos y otros seres poco civilizados del desierto tienen el privilegio de pasar libres de formalidades o de mayores disgustos. Pedimos disculpas a voces y de lejos, por si acaso, e invertimos el sentido de la marcha no sin cierta dificultad, debido al considerable peso de la Super-Ténéré, parada y hundida un tanto sobre la blanca arena, de color muy diferente al dorado de otras zonas de dunas del país (ahí es donde se agradece infinitamente un espíritu siempre dispuesto como el de mi compañera de viaje). Salimos de las dunas, pero ya nos acercábamos de nuevo a las antiguas murallas del poblado cuando, para nuestro error, por no decir el mío, ralentizamos mucho la marcha al observar cómo, adosado a ellas por fuera, se agolpaba un conjunto de barracas de madera, paja y chapa, frente a las cuales una gran cantidad de niños deambulaban de aquí para allá, dejando de hacerlo para iniciar una veloz carrera hacia nosotros no bien se percataron de nuestra presencia. Oí decir a Mari Carmen, con voz preocupada: "tranquilo, mejor pararse"; y decirlo ella y yo: "agárrate fuerte" fue todo uno, saliendo la moto disparada hacia una inoportuna duna que atravesaba la explanada de tierra. Poco faltó para que Carmen llegara sola volando antes que conmigo sentada hasta las murallas, pero hubo suerte, si no milagro, y sentí caer de nuevo la Yamaha sobre la pista y a María sobre el asiento, tras lo cual describimos con la moto un arco a modo del rejoneador que evita al toro, para quedarnos luego, ya en el pueblo, mudos y con la insidiosa duda sobre las verdaderas intenciones de aquellos críos, habitantes relegados aun del pueblo límite del reino; lejos de todo y, además, extramuros, mirando a la nada: la herencia a percibir por los ya desheredados, algo tremendo.

Marruecos es sin duda un lugar de extremos. Los más sutiles refinamientos se mezclan con realidades que en Europa presumimos de ya superadas, aunque no queden algunas tan lejos que la memoria no pueda recuperarlas. El Sur marroquí apuntaba a la enormidad del espacio tanto como a la disolución del tiempo, pues lo que en nosotros era ya pasado se cumplía aún allí: un sumergirse en nuestra propia historia, que era la de todos.



Ultracongelados

Yaser

Venta de todo tipo de congelados

Venta al por mayor y al detall

c/ Cabo Cañón Antonio Mesa, nº 9
Tif.: 952 67 50 85 Fax: 952 67 82 84
e mail: ultracongeladosyaser@hotmail.com